



LA FORMACIÓN HUMANA: FIN DE LA UNIVERSIDAD

El presente trabajo fue realizado por los docentes e investigadores de la Universidad Católica de Colombia y la Universidad Santo Tomás de Bogotá, profesores Darwin Arturo Muñoz Buitrago, Armando Rojas Claros y Francy Liliana Garnica Ríos.

El mundo del siglo XXI se ha caracterizado por presentar un gran avance en la denominada revolución tecnológica, dando paso a la sociedad de la información y el conocimiento, creando así una necesidad de oferta y demanda para la producción de mano de obra calificada; la cual favorece una dinámica de vida cosificada e instrumental, dejando de lado la posibilidad de pensar en la propia existencia y en el diálogo con nuestros semejantes, evitando la práctica del bien común y llevando a la persona a una vida sin sentido y soledad. La formación de la persona se ha visto apabullada por las nuevas tendencias educativas y sociales, donde se favorece la especificidad y practicidad, cambiando las concepciones del bien común y la vida buena, por unos principios basados en el culto a la deshumanización de la ciencia, predominando la razón instrumental y la falta de sentido crítico y humano.

La sociedad actual, inmersa en la tecnología, guiada por los presupuestos de la globalización, plantea como la única posibilidad efectiva para dar respuesta a los desafíos de hoy, los aportes de la ciencia y la tecnología. Para ello surgen “universidades” que implementan carreras que responden de manera exclusiva a este fin, el cual ha sido denominado como “Paradigma científico” donde se pretende recoger dos de las funciones del conocimiento: resolver problemas y dar explicaciones¹. Sin embargo, se olvida que existe una tercera función, que es la de dar sentido a la vida humana.

Esta última función del conocimiento se presenta como de poca utilidad para los retos del mundo moderno, ya que no es equiparable a las ciencias exactas y su aplicación parece no tener un terreno donde pueda realizarse. En este artículo se reflexiona sobre dicha realidad en el ámbito de la universidad católica, desde donde se vislumbra la formación humana como un fin fundamental de

La realidad actual muestra que los estudiantes que llegan a la universidad, necesitan reflexionar sobre los modelos de formación familiar, cultural y social que les han educado, los cuales en algunos casos han estado ausentes. Ese “ser artificial” es moldeado en el hombre de hoy, por los medios de comunicación social, los cuales no representan referentes válidos que afiancen la construcción de sentido, ni tampoco forman el carácter de la persona. La educación necesita recuperar su función primaria.

1 MARTIN, Víctor Rafael. Desafíos Actuales de la ética aplicada. Universidad Alonso de Ojeda, Maracaibo, 2008.

la educación en la sociedad actual; toda vez que educar significa sacar a la luz lo mejor de la persona, formar el carácter y dar sentido a la vida misma. Si bien es cierto, no se puede educar de espaldas al mundo en el que se vive: ávido de especialistas en distintas áreas, necesitado de profesionales que estén inmersos en las políticas de desarrollo impuestas por los grandes emporios comerciales y el juego del libre mercado, es también una realidad que se aleja de los valores y las virtudes que se imparten en una formación humana donde el sendero muestra penumbra y desasosiego.

La concepción misma del término Universidad conlleva un diálogo entre saberes que le permitan al hombre la construcción de un hábitat armónico, donde se respete y valore la dignidad de la persona. Toda institución de educación superior que ostenta el nombre de Universidad, para serlo, debe ofrecer y cultivar un nutrido conjunto de programas académicos de perfil

humanístico, mientras desarrolla el resto de sus actividades esenciales a través de un vasto espectro de disciplinas y saberes que conservan un claro aliento universal y ponen el acento en lo que al hombre, en cuanto hombre, atañe². Por tal razón, el cultivo de las ciencias humanísticas es imprescindible en la formación de los profesionales, sin importar cuál sea su disciplina, ya que esta se debe poner al servicio de la sociedad, lo cual le permitirá construir espacios de diálogo e interacción en pro de una formación integral que han de favorecer el desarrollo y transformación constante³. Ante este panorama, diferentes pensadores e instituciones educativas han presentado sus argumentos en defensa de la importancia que tiene para el estudiante actual una concientización y comprensión de su propia existencia, que le han de llevar a buscar tener una vida buena, donde sea capaz de cultivar no solamente conceptos, sino su propio ser; es decir, que ponga en balanza el ejercicio y desarrollo de todas

las dimensiones de la persona. Lamentablemente estas posturas “corren el riesgo de limitarse a una serie de recomendaciones”⁴, ya que su utilidad no se evidencia en un tiempo inmediato. Por lo tanto la relación costo-beneficio no favorece el desarrollo de políticas económicas, basadas más en la cantidad que en la calidad, lo cual genera pérdida de divisas para los Estados, para los cuales es más conveniente la productividad que la humanidad.

El ideal de educación superior como gestión individual, comunitaria y universal, es decir, en cuanto vital para todos los hombres y el desarrollo de la especie, tiene su comienzo, su principio (arjé) con la aparición de los griegos. La “educación” griega apuntaba al ideal de hombre, al arquetipo, a la perfección humana de acuerdo a la naturaleza de cada quien (...)

2 ORTEGA, Aureliano. Perspectivas de los posgrados en humanidades en las universidades estatales. En: OMNIA, Edición especial Año 20, 2004, p. 161 – 166. Disponible en internet: http://www.clacso-posgrados.net/documentos_aportes/34.pdf

3 VILLEGAS, Luz Amparo. Formación: apuntes para su comprensión en la docencia universitaria. Profesorado. En: Revista de Currículum y Formación de Profesorado, 2008, vol. 12, núm. 3, p. 1-14. ISSN 1138-414X. Disponible en internet: <http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=56712875013>

4 BARP, Luciano. El valor educativo de las humanidades. En: Revista del centro de investigación, 2006, Vol. 7, núm. 26, p 93-99. Disponible en internet: <http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/html/342/34202607/34202607.html>

Importancia de la formación humanística

La razón de ser de una Universidad está en la formación de todas las dimensiones de la persona y, para lograrlo, las humanidades resultan ser imprescindibles, ya que está en juego el destino de la humanidad; de igual forma parece ser que hablar hoy en la universidad sobre una formación humanística es una causa perdida, así como lo plantea Alejandro Llano⁵:

Soy consciente —he gastado casi todo lo que llevo de vida en el empeño— de que no hay nada más intempestivo que defender el cultivo de las humanidades en un contexto cuyo pragmatismo da un paso hacia delante cada día. Pero siempre recuerdo a propósito de este tema, lo que dijo Jorge Luis Borges en una ocasión: “¿No sabe usted que los caballeros sólo defendemos causas perdidas?” Estas “causas perdidas” —la de las humanidades en el siglo XXI es una “causa desesperada”— son las únicas por las que merece la pena luchar, porque en ellas se juega la clave de nuestro destino. Desde luego, una institución en la que las humanidades no ocupan un lugar principal ha dejado de ser una Universidad.

El saber y la contemplación forman parte esencial en la misión de la universidad. No se trata de hacer de los hombres y mujeres de hoy excelentes técnicos, ingenieros, arquitectos, etc., sin ayudarles a transitar por el camino del saber, el cual implica la realización y la felicidad de la vida humana.

Por otra parte, el hombre y la mujer son los únicos seres que necesitan de la ayuda de sus semejantes para ser educados en sus aspectos más básicos, donde el entorno familiar, cultural y social juega un papel fundamental en su desarrollo. El hombre nace con ciertas facultades que corresponden a su constitución como ser biológico, pero el hombre no es solo un ser natural, sino también artificial y, en este sentido, como miembro de un cierto grupo y como individuo, su formación puede variar. El niño aprende en primer lugar de los adultos, de la familia, pero también de sus hermanos. Los padres enseñan a sus hijos lo que ellos mismos han aprendido⁶.

Sin embargo, la realidad actual muestra que los estudiantes que llegan a la universidad necesitan reflexionar sobre los modelos de formación familiar, cultural y social que les han educado, los cuales en algunos casos han estado ausentes. Ese “ser artificial” es moldeado en el hombre de hoy por los medios de comunicación social, los cuales no representan referentes válidos que afiancen la construcción de sentido, ni tampoco forman el carácter de la persona. La educación necesita recuperar su función primaria. De ahí la invitación que hace Enkvist, al cuestionar el ethos de la educación: “¿Qué se puede hacer para

5 LLANO, Alejandro. *Repensar la Universidad, la Universidad ante lo nuevo*. Madrid, Ediciones Internacionales Universitarias, 2007. P. 77.

6 ENKVIST, Inger. *Repensar la Educación*. Madrid. Ediciones Internacionales Universitarias. 2006. P. 12.

recuperar el ethos de la educación? Los profesores universitarios deberían reaccionar con más vigor y preocupación ante esta problemática, dejando de avalar cualquier moda educativa, aportando investigación, esfuerzo y conocimiento al progreso de la educación”⁷. De ahí, la validez, importancia y alcance que tiene reflexionar sobre el quehacer educativo y las razones que lo sustentan, para comprender que la Universidad Católica, al centrar su misión en la Persona y con ello fundamentar su educación desde la formación humana, aunque va contracorriente, transita el sendero adecuado.

Desde esta perspectiva no se trata solo de responder a los retos que el mundo del mercado le plantea a la Universidad, ya sea desde los aspectos laborales como desde las exigencias que el desarrollo propone a los países. Es fundamental que el currículo no pierda de vista el saber humanístico, ampliando el círculo de saberes tal como lo plantea el cardenal Newman⁸:

(...) *Los griegos enseñaron la idea de perfectibilidad humana, idea que se configuró a partir del concepto de areté. Este concepto, se podría decir, indica una formación de carácter integral, pues incluye significativos aspectos de la vida humana en cuanto desarrollo interior, reflexión, nobleza, equilibrio, sensibilidad y manifestación hacia el mundo exterior como disposiciones físicas y desenvolvimiento en la polis.*

Resulta, por tanto, una excelente medida ampliar el arco de los estudios que una Universidad enseña, incluso en beneficio de los estudiantes; y aunque estos no puedan seguir todas las materias que se les ofrecen, se enriquecerán al vivir entre aquellos y bajo aquellos que representan el entero círculo de saberes. [...] Pero educación es una palabra más elevada.

Implica una acción que afecta a nuestra naturaleza intelectual y a la formación del carácter. Es algo individual y permanente, y se suele hablar de ella en conexión con la religión y la virtud.

Esa tarea no es otra que aquella de formar personas de excelencia, pero incluyendo de manera directa, la formación del carácter a través de la adquisición de hábitos que luego devienen en virtudes, ya que la tarea de la universidad “*Transciende el campo puramente intelectual en la tarea de formar hombres antes que científicos, caracteres antes que cabezas pensadoras*”⁹. Por tal razón, como lo advierte Alejandro Llano, se debe tomar en serio la tarea de la universidad como única posibilidad viable a la deriva inercial que el mundo consumista ha dejado, donde el autoenriquecimiento permea el desarrollo académico y moral, siendo la práctica de las virtudes cognoscitivas la única forma de no perder la vida y comprender el sentido de la misma¹⁰.

Es evidente que la educación en el mundo moderno, por no decir en el mundo de hoy, demanda conocimiento específico sobre cierto saber, también específico. No puede un país progresar sin que haya dentro de él especialistas en ciertas

7 Ibíd., p. 145.

8 NEWMAN, John. Discursos sobre el fin y la naturaleza de la educación universitaria. Pamplona, España. EUNSA, 1996. P. 135.

9 BETANCURT, Cayetano. Filosofía de la Educación. Medellín, Colombia. Fondo Editorial EAFIT, 2009. P. 88.

10 Llano. Op. Cit., págs. 105 -106.



áreas del conocimiento, de manera especial en las científico-técnicas; sin embargo, no se puede perder la formación humana, ya que esta es el fundamento del sentido mismo de la vida:

Si recordamos que el animal es un especialista, y es especialista perfecto, ya que toda su capacidad de conocer está limitada a ejecutar una función determinadísima, concluiremos que un programa de educación que solo aspire a formar especialistas cada vez más perfectos en dominios cada vez más especializados e incapaces de dar un juicio sobre cualquier asunto que esté fuera de la materia de su especialización, conduciría a una animalización progresiva del espíritu y de la vida humana.¹¹

Se advierte entonces que la tarea de formar el ser y el carácter es una cuestión que no acaba nunca, pues abarca las diversas estaciones de la vida por las que el ser humano tenga que transitar. Por lo tanto, se hace necesaria la relación existente entre la formación del ser y la construcción de su propia identidad. Tal y como lo afirma el padre Alfonso Borrero, de la Compañía de Jesús:

En el concepto de ciudad educativa, por tanto, habrá siempre una función de custodia que cumplir. La cumple la sociedad entera. Siempre abundarán valores por descubrir y asimilar, siempre doctrinas, principios, conocimientos que espigar. Y en un mundo cambiante a paso presto y casi sorpresivo, a la vida se le impone ser buceadora de nuevos impulsos vocacionales y matizadora de la profesión, que siempre ha significado la indeclinable dedicación al trabajo y al servicio. De donde el objetivo fundamental de la educación: aprender a ser en gestión continua y siempre inconclusa.¹²

11 BÖHM, Winfried y SCHIEFELBEIN, Ernesto. Repensar la educación, diez preguntas para mejorar la docencia. Bogotá, Colombia. Pontificia Universidad Javeriana, 2004. Págs. 207 – 208.

12 BORRERO, Alfonso. La Universidad, estudios sobre sus orígenes, dinámicas y tendencias. Enfoques Universitarios Tomo V. Bogotá. Pontificia Universidad Javeriana, 2008. Pág. 151-152.

El carácter de universalidad propio de la universidad

Debido al auge de posturas relativistas, subjetivistas y a la expansión y explosión del conocimiento, se requiere de un gran esfuerzo intelectual, dedicación y un deseo sincero de devolverle a la Universidad lo que por naturaleza le corresponde, es decir, su carácter de universalidad. En épocas anteriores hablar de Universidad era hablar de universalidad y de unidad del conocimiento; sin embargo, gracias al desarrollo de las ciencias y de diversas posturas filosóficas, este ideal ha sido fuertemente cuestionado y puesto entre paréntesis. A la vez que la modernidad ha hecho aportes importantes, se han generado a partir de ella graves consecuencias como son la dispersión del saber y la disgregación de la persona y la educación.

Areté en el contexto griego significó “mérito, calidad sobresaliente, fuerza, valor, nobleza, honor, heroísmo; calidades llamadas a despertar en el individuo la ambición de ser más, de sobresalir. En este sentido, la areté implica notas de aristocracia y nobleza, contrarias a lo vulgar y ordinario. La nobleza es la fuente del proceso espiritual mediante el cual nace y se desarrolla la cultura de una nación”.

En su texto de la Paideia, Werner Jaeger dice: “Todo pueblo que alcanza un cierto grado de desarrollo, se halla por naturaleza inclinado a practicar la educación, por ser el principio mediante el cual el grupo humano conserva y transmite su peculiaridad física y espiritual. La educación de todos decide del destino exterior, de la estructura interna y espiritual del conjunto humano”¹³. En este sentido, la educación se comprende como un medio para un fin. Dicho horizonte no puede ser otro que el avance de la cultura, el desarrollo, el crecimiento, el florecimiento de cada una de las personas. De ahí que se pueda comprender la educación como un ascenso, como un *magis*. En palabras de Alfonso Borrero, el objetivo de la educación consiste en formar “*en lo superior, para lo superior y hacia lo superior*”. Esta es la meta que hay que perseguir, aunque la educación marche en muchas ocasiones y a veces con demasiada frecuencia, por vías trilladas, de desorientación y de descenso. El término educación superior es susceptible de varios significados,

pero fundamentalmente es un concepto alusivo a las altas calidades de toda educación como hecho individual, social y universal, compatible con los niveles primarios y secundarios.¹⁴ Es decir, no se refiere a un momento educativo, sino que exige una enseñanza de calidad para todos los niveles de la educación; en otras palabras, formar en lo superior y para lo superior es una tarea que hay que llevar a cabo desde el nivel preescolar hasta el universitario.

Educar y educarse, en su concepción original *educere*, equivale a sacar de dentro, perfeccionar lo que potencialmente está en el hombre, en otras palabras, el florecimiento y desarrollo del propio potencial. Esto no es un invento u objetivo reciente, tampoco es un invento de la Universidad medieval; dicho ideal de la educación para lo *superior* hunde sus raíces en las grandes tradiciones culturales de la humanidad, aunque expresado de distintas formas y de acuerdo al propio estilo de cada cultura. No es un ideal exclusivo del espíritu griego. Se encuentra

13 JAEGER, Werner. Paideia. México. Fondo de Cultura Económica, 1978, págs. 3-4.

14 BORRERO. Op. Cit., p. 19

también en las culturas orientales (China, India, Japón, Corea, Egipto y países Árabes). “Es a partir de Confucio que la tradición educativa de la cultura china organiza métodos de enseñanza, precisa objetivos y sistematiza instituciones”¹⁵. Confucio distinguió entre lo que hoy se podría llamar una educación para la excelencia y otra para las cosas ordinarias, aquellos trabajos que implican el esfuerzo y la destreza física. Sin embargo, el ideal de la educación se centró en el hombre sabio, el caballero. Este hombre sabio al no nacer aprendido, puede por medio de la educación aspirar y desarrollar la excelencia de su ser. Tal propósito puede compararse con la *areté* de los griegos.

El hombre educado, de acuerdo a la enseñanza del pensador chino, se caracteriza por *la nobleza, la armonía, el equilibrio y la estabilidad*, es decir, se convierte en un verdadero caballero. “El hombre sabio —nos dice—, el caballero, es el opuesto del hombre vulgar, ama a todos los hombres y no tiene parcialidad para nadie; el hombre vulgar es parcial y no ama a todos los hombres. El hombre sabio aspira a la perfección, el vulgar al bienestar”¹⁶. Para Confucio, uno de sus propósitos en el arte de educar es que el hombre alcance su máximo florecimiento; no tiene otra alternativa que comprometer todo su ser en dicha tarea. De este modo, quien aprende a ser él mismo descubre lo bueno y se afirma en ello:

No importa lo que aprendas —nos dice Confucio—, pero cuando aprendas una cosa, no debes dejarla hasta haberla dominado; no importa cuánto investigues, pero cuando investigues una cosa, no debes dejarla hasta haberla comprendido a fondo. No importa lo que trates de meditar, pero cuando trates de meditar una cosa, nunca debes dejarla hasta haber obtenido lo deseado. No importa lo que trates de examinar, pero cuando trates de examinar una cosa, no debes dejarla hasta haberla examinado con claridad. No importa lo que trates de llevar a cabo, pero cuando trates de llevar a cabo una cosa, no debes dejarla hasta haberla hecho cabalmente bien¹⁷.

Por tanto, el hombre superior, el que quiere ir más allá, florecer, le pone espíritu a todo lo que hace. De acuerdo a cierta tradición, más le importaba a Confucio la disposición de ánimo y el interés del estudiante, que su procedencia social. Decía: “a quien carece de entusiasmo, cualquiera sea su origen, no le abriré el camino de la verdad”¹⁸. Este es un análisis certero, pues en ocasiones

La palabra virtud en castellano, que se entiende más en sentido moral, no es apropiada para traducir la riqueza y profundidad de la areté de los griegos. Ese ideal de la educación griega, la conquista de la areté se expresa mediante el desarrollo armónico de la realidad física y espiritual. Es una educación para lo superior. En la concepción clásica, los ideales de la educación se orientan mediante la idea de perfectibilidad; la areté para los griegos y la humanitas para los romanos. De esta tradición y riqueza la institución medieval universitaria tomó las “artes liberales” y el ideal de la formación humanista.

15 GALINO, María Ángeles. *Historia de la Educación. Edades Antigua y Media*. 2ª ed. Madrid. Gredos, 1973, págs. 15 - 16.

16 BORRERO. Op. Cit., p 30.

17 Ibid., p.31.

18 GALINO. Op. cit., p.19.



se le exige al docente que haga por el estudiante lo que no está en sus manos poder hacer; es decir, responsabilizarse del entusiasmo y el interés que le corresponde al alumno. Mediante este tipo de reflexiones, dichos y sentencias, el pensador Chino ha transmitido los objetivos y sentido de una educación para ser más: espíritu que se ha desarrollado a partir de una larga tradición y que ha sido la base de la educación de esa cultura milenaria.

En cuanto a la cultura y civilización occidental se refiere, se ha de retornar en búsqueda de la alborada espiritual del concepto de educación superior; la historia de la misma comienza con la aparición del mundo griego. El ideal de educación superior como gestión individual, comunitaria y universal, es decir, en cuanto vital para todos los hombres y el desarrollo de la especie, tiene su comienzo, su principio (arjé) con la aparición de los griegos.¹⁹ La “educación” griega apuntaba al ideal de hombre, al arquetipo, a la perfección humana de acuerdo a la naturaleza de cada quien. Los griegos enseñaron la idea de perfectibilidad humana, idea que se configuró a partir del concepto de areté. Este concepto, se podría decir, indica una formación de carácter integral, pues incluye significativos aspectos de la vida humana en cuanto desarrollo interior, reflexión, nobleza, equilibrio, sensibilidad y manifestación hacia el mundo exterior como disposiciones físicas y desenvolvimiento en la polis.

Areté en el contexto griego significó “mérito, calidad sobresaliente, fuerza, valor, nobleza, honor, heroísmo; calidades llamadas a despertar en el individuo la ambición de ser más, de sobresalir. En este sentido, la *areté* implica notas de aristocracia y nobleza, contrarias a lo vulgar y ordinario. La nobleza es la fuente del proceso espiritual mediante el cual nace y se desarrolla la cultura de una nación”²⁰. La palabra virtud en castellano, que se entiende más en sentido moral, no es apropiada para traducir la riqueza y profundidad de la *areté* de los griegos.

19 JAEGER. *Paideia*, Op. cit., págs. 3- 5..

20 *Ibid.*, págs. 19 -29.

Ese ideal de la educación griega, la conquista de la *areté*, se expresa mediante el desarrollo armónico de la realidad física y espiritual. Es una educación para lo superior. En la concepción clásica, los ideales de la educación se orientan mediante la idea de perfectibilidad; la *areté* para los griegos y la *humanitas* para los romanos. De esta tradición y riqueza la institución medieval universitaria tomó las “artes liberales” y el ideal de la formación humanista.

Junto al Espíritu de los clásicos, aparece y se desarrolla el Espíritu cristiano, el cual aporta una gran novedad al mundo. Influenciado por el Espíritu griego se confunde y se distingue de este. ¿Qué es lo característico de la *Paideia cristiana*? Cristo como el Logos, Palabra encarnada, centro de la fe cristiana, de una nueva cultura, de una nueva comunidad de amor, de un nuevo tipo de ser humano. De este modo, si la *Paideia* griega tenía como ideal la consecución de la *areté*, la *Paideia cristiana* tiene como modelo a Cristo. Los primeros Padres de la Iglesia expresan la meta y razón de ser de la *Paideia cristiana* en sentencias breves pero llenas de profundidad. Por ejemplo, San Clemente Romano expone el sentido de la educación y mensaje cristiano a partir de la máxima Bíblica: “no hay distinción ni de judío ni griego, ni de siervo ni de libre, ni tampoco de hombre o de mujer”. Ahora todos sois hijos (Gálatas 3,28. 4,7). Del mismo, San Gregorio de Nisa aludiendo al concepto de la gracia explica cómo el hombre para su pleno crecimiento y desarrollo necesita de la intervención Divina, sin la cual no podría llegar a la plenitud de su ser; se requiere de su cooperación porque es un ser libre, pero sus solas fuerzas no son suficientes para lograr la realización a la que ha sido destinado.²¹ Posteriormente Tomás de Aquino, desde la comprensión cristiana, estableció en sentencia breve, no la contraposición, sino el complemento de ambas metas, es decir, la perfección de la naturaleza, *Paideia* griega, y la perfección por la gracia, *Paideia cristiana*. De acuerdo con ello la educación para lo superior se entendió en el horizonte cristiano, en este doble sentido²². Desde esta perspectiva educar “en lo superior, para lo superior y hacia lo superior” se traduce en la visión cristiana como una educación “en el amor, para el amor y hacia el amor”. En otras palabras, es una educación que desarrolla el respeto y reverencia por nosotros mismos, los otros y todas las formas de vida, teniendo siempre a Cristo como el Modelo y el Maestro. De ahí que todas las características que se les pueden atribuir a los buenos maestros, a los maestros brillantes, a los maestros inolvidables, son las cualidades por excelencia del Maestro de maestros, Jesús de Nazaret. A Él hay que retornar continuamente si se quiere llevar a cabo y mantener en alto la idea de la *Paideia cristiana*.

La riqueza y profundidad de las grandes tradiciones culturales, tanto de Oriente como de Occidente, presentan un elemento común. *El deseo de educar al*

*¿Qué es lo característico de la Paideia cristiana?
Cristo como el Logos,
Palabra encarnada, centro
de la fe cristiana, de una
nueva cultura, de una nueva
comunidad de amor, de un
nuevo tipo de ser humano.
De este modo, si la Paideia
griega tenía como ideal la
consecución de la areté, la
Paideia cristiana tiene como
modelo a Cristo.*

21 JAEGER, Werner. Cristianismo primitivo y *Paideia* griega. México. Fondo de Cultura Económica, 1974.

22 BORRERO. Op. cit., p. 120.

hombre para ser más, para ascender, para florecer y desarrollarse. Para lograr la mayor comprensión y libertad posibles o alcanzables. He ahí la primera característica y razón de ser de la Universidad.

Educación para la promoción y desarrollo de la persona

Hoy día con la noción de universalidad en la Universidad se recogen tres sentidos posibles: Una educación pensada para toda la persona, para todas las personas y en la consecución de un mismo objetivo.

Educación de toda la persona:

La Comisión Internacional sobre el Desarrollo de la Educación y la Unesco reunida en 1971, tras examinar la situación de la educación mundial, sus aciertos y esperanzas fallidas, dio a conocer la obra *Aprender a ser*. En ella desarrolló temas centrales para la educación y expresó la siguiente conclusión fundamental:

Tomás de Aquino, desde la comprensión cristiana, estableció en sentencia breve, no la contraposición, sino el complemento de ambas metas, es decir, la perfección de la naturaleza, Paideia griega, y la perfección por la gracia, Paideia cristiana. De acuerdo con ello la educación para lo superior se entendió en el horizonte cristiano, en este doble sentido.

El hombre nuevo debe estar en condiciones de establecer un equilibrio entre sus capacidades ampliadas de comprensión y de poder, y su contrapartida potencia de carácter afectivo y moral. No basta con reunir al *homo sapiens* y al *homo faber*; es preciso, además, vivir y sentirse en armonía con los demás y consigo mismo, es preciso también unir al *homo concors*. Nuestro tiempo hoy denominado el mundo finito, no puede ser otro que el hombre total, es decir, todo hombre y todo el hombre.²³

La educación se dirige a la persona, es un aprendizaje para ser persona y se propone al mismo tiempo para toda la persona y para todas las personas. Hablar de aprendizajes es estar en el transcurso de la vida, en la tarea de construirse, de desarrollarse. Los aprendizajes que aquí se presentan son los principios que configuran la educación integral de la persona:

- *Aprender a ser*: Desarrollar, incorporar y asimilar actitudes y aptitudes, valores y virtudes, vividos con firmeza, e independientemente de circunstancias, personas y lugares.
- *Aprender a hacerse*: Desarrollo de la singularidad e individualidad, llevando hasta la mayor altura posible el florecimiento del propio ser. Acometiendo la tarea de hacernos responsables de nosotros mismos.
- *Aprender a producir, trabajar, crear y servir*: Expansión y perfeccionamiento de la propia creatividad, yendo más allá de la pura imitación, pero manteniendo y respetando lo fundamental de la tradición.

23 FAURE, Edgar. *Aprender a ser*. Madrid, Alianza editorial, 1977. Págs. 44-45.



- *Aprender a aprender y comprender*: Indica específicamente los mejores métodos, herramientas y recursos disponibles para acrecentar la inteligencia, inteligir el mundo y examinarse a sí mismo. Teniendo siempre presente que más importante que entregar conocimientos, es enseñar a buscarlos, mostrar cómo se ha llegado a ellos, en fin, desvelar la realidad —hasta donde sea posible— mediante el objetivo de la comprensión.
- *Aprender a adaptarse*: Indica la capacidad de abrirse a lo nuevo y a los distintos procesos de cambio en situaciones de la realidad que así lo reclamen y conforme a la verdad de los hechos y cuyo único fin es poder servir mucho mejor.
- *Aprender a convivir y a participar*: Porque la educación es con-vivencia, un vivir-con y al servicio de los otros, en verdadera comunidad (en koinonía). Implica además convivencia con el saber que progresa, capacidad para aprender en distintos ambientes laborales, educación para la paz y una profunda comprensión, amor y respeto por la naturaleza.
- *Aprender a descubrir la Trascendencia, aprender a creer*: Porque la persona es un ser total, en cuanto no se reduce a lo que puede hacer por medio de su razón, necesita darse cuenta de que la existencia va más allá de las realidades tangibles y verificables, que hay valores que trascienden en el tiempo y superan la contingencia humana, que puede abrirse a la Verdad Revelada y sus misterios. En medio de las distintas imágenes de la Divinidad, del Absoluto, de Dios, el hombre ha de aprender a creer. En la búsqueda de interrogantes fundamentales que le plantea su propia existencia, ha de decidir por sí mismo a partir de la experiencia, confrontación y comprensión.
- *Aprender a pensar*: Pues no se trata simplemente de aprender nuevos, fecundos

y útiles conocimientos; ante todo, significa acometer la tarea de desarrollar la inteligencia, de crecer en sabiduría y en amor y saber actuar en consecuencia. De responder a los interrogantes que investigan la naturaleza, los procesos y los métodos en el arte de pensar y conocer.

- *Educarse y educar*: Desde esta perspectiva se comprende que en cualquier actividad el ser humano está implicado como un todo, como una realidad psico-física y espiritual.

Educación para todas las personas

Es una educación que desarrolla el respeto y reverencia por nosotros mismos, los otros y todas las formas de vida, teniendo siempre a Cristo como el Modelo y el Maestro. De ahí que todas las características que se les pueden atribuir a los buenos maestros, a los maestros brillantes, a los maestros inolvidables, son las cualidades por excelencia del Maestro de maestros, Jesús de Nazaret. A Él hay que retornar continuamente si se quiere llevar a cabo y mantener en alto la idea de la Paideia cristiana.

Ya en sus orígenes con la fundación y expansión de la Universidad esta se concibió y se consolidó como un organismo de carácter universal. *Universalis* y *universitas* vienen del concepto latino *universus* y este a su vez de la raíz latina *unus* y *verto*, que significa general, universal, católico, todo, total, entero, la multitud de todas las cosas, el mundo, el universo. Comprendía también cuerpo, gremio, agrupación, el conjunto de todas las cosas, la totalidad de algo, por ejemplo: el todo de un discurso, *universitas orationis*; todos juntos, *universi omnes*; tres días enteros, *universum triduum*; victoria completa, *universa victoria*; todo el rebaño, *universus grex*.²⁴

En la definición de Universidad que tiene Sebastián de Covarrubias²⁵, del año 1611, dice:

Universidad se entiende comunidad, lo que es común y comprende a todos, ayuntamiento de gentes y cosas, y porque en las escuelas generales concurren estudiantes de todas partes, se llamarán universidades, como la Universidad de Salamanca, Alcalá. También se llama universidades a ciertos pueblos que entre sí tienen unión y amistad.

Este concepto de Universidad, con su sello de universalidad y unidad, como gremio, corporación e institución que reúne a todos y que es para todos, llega hasta el tiempo actual gracias al avance de la sociedad y los acuerdos sociales hoy, y más en los estados democráticos, se tiene la idea de apostar por una educación para todas las personas, en cuanto poseedoras del *derecho natural* a la educación. Específicamente en la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano de 1793, en el artículo 22 se dice: “La educación es necesidad de todos. La sociedad debe esforzarse al máximo para favorecer el progreso de la razón pública, y poner la educación pública al alcance de todos los ciudadanos”.

24 MIGUEL, Raimundo. *Nuevo Diccionario. Latino-español etimológico*. 11ª ed. Madrid. Visor Libros, 2000, págs. 961 – 978.

25 COVARRUBIAS, Sebastián. *Tesoro de la lengua castellana o española*. Madrid. Editorial Iberoamericana. 2006, p.1501.

En la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948, artículo 26, parágrafo uno, se afirma: “Toda persona tiene derecho a la educación. La educación debe ser gratuita, al menos en lo concerniente a la instrucción elemental y fundamental. La instrucción elemental será obligatoria. La instrucción técnica y profesional habrá de ser generalizada; el acceso a los estudios superiores será igual para todos, en función de los méritos respectivos”. La Declaración Universal de los Derechos del hombre y los Derechos humanos se ha fundamentado desde el lente filosófico en la perspectiva naturalista de la dignidad humana. La Iglesia Católica por su parte en su Declaración *Dignitatis humanae* y en la Constitución pastoral *Gaudium et spes*, de 1965, sostiene desde la óptica teológica que todos los derechos humanos vienen inscritos por el Creador, en tanto que las personas somos hechas a imagen de Dios.

Desde esta perspectiva, la Universidad, los sistemas educativos han de pensarse y planificarse para ser accesibles a todos, hombres y mujeres, y mantenerse ajenos a toda suerte de elitismos excluyentes de porciones de la población. Nadie ha de quedar excluido de la educación por causas económicas, situaciones internas o externas distintas a su propia voluntad. Resulta además preocupante que por pruebas del Estado y de instituciones que regulan el acceso a la educación, se les prive a las personas con capacidades en otros campos del conocimiento diferentes a los que han sido evaluados, la oportunidad de desarrollarse y de labrarse un futuro mejor. Por otra parte, Borrero²⁶ afirma: “la educación hacia lo superior no es para prescindir del estudiante indolente o juzgado de incapaz; tiene por fin promover a todos hacia sus respectivas y diversas alturas alcanzables y posibles.

Al adentrarse en la presencia de la Verdad se está ante la realidad de las realidades; así que nadie crea que este es un tema de carácter especulativo que está reservado para cierta élite de intelectuales; quien se tenga un poco de respeto sabe que está ante una realidad que trasciende y supera y que tiene que ver con la realidad concreta y única.

La consecución de un mismo objetivo

La Universidad no puede concebirse sin un *arje* y sin un *telos*, necesita fijar la mira en un porqué y un para qué. El objetivo donde la Universidad pone la mirada es en la comprensión y realización de la verdad, el amor y el sentido ético. Universalidad porque se persigue un objetivo común, no es algo exclusivo de ninguna institución educativa o de un comité científico en particular, sino la meta, el ideal de la Universidad, de toda investigación. Al adentrarse en la presencia de la Verdad se está ante la realidad de las realidades; así que nadie crea que este es un tema de carácter especulativo que está reservado para cierta élite de intelectuales; quien se tenga un poco de respeto sabe que está ante una realidad que trasciende y supera y que tiene que ver con la realidad concreta y única. Este es un fenómeno de inmensa complejidad y trascendencia, porque la Verdad tiene que ver con todo, atraviesa todas las realidades pensables y posibles. Decir Verdad, es decir Dios, Amor.... Debido a la magnitud y profundidad de la pregunta que inquiere por la Verdad, solo nos es posible hacer aquí unas breves aclaraciones:

26 BORRERO. Op. cit., págs. 23-24.

Hay una enorme diferencia entre los conocimientos y la Verdad. Los conocimientos se pueden pagar; de ahí que se pueda hacer desde un bachillerato hasta un doctorado. La Verdad, por el contrario, no se puede comprar, pues ella exige la entrega y dedicación de todo nuestro ser. De este mismo modo se podría decir que hay dos tipos de persona, dos tipos de estudiante: aquellos que están interesados en los conocimientos, necesitan hacer especializaciones, maestrías y doctorados para obtener mejores ingresos, para llevar una “vida cómoda”, y aquellos que tienen un deseo sincero de indagar, de investigar, de examinar y acceder a la Verdad.

Se presenta una paradoja maravillosa. Por una parte, para buscar la Verdad, para afirmar una verdad en particular, se precisa que el hombre sea libre, pues la Verdad no puede ser algo impuesto desde fuera. Quien indaga, quien examina, quien investiga, para poder llegar a una conclusión, para afirmar un juicio, ha de estar en libertad de poder hacerlo, no puede ser obligado o coaccionado a sostener una cosa que va en contra de su libertad y comprensión.(...)

El siguiente aspecto que hay que distinguir es entre la Verdad con mayúscula y las verdades de carácter particular. La primera hace referencia a la Verdad en toda su hondura, en toda su amplitud, en cuanto totalidad; es el sentido y razón de ser de la existencia en todo su conjunto. Con verdades aludimos a aquella porción de la realidad que se investiga desde los distintos puntos de vista de las ciencias fácticas y las ciencias sociales o humanas, como biología, química, física, antropología, sociología, filosofía, psicología, en fin, todas las ciencias que indagan un aspecto de la realidad. Estas ciencias no dicen nada de la Verdad en cuanto totalidad, pero indican, señalan algún rasgo verdadero de la porción de la realidad que analizan, del fenómeno que investigan.

Hasta aquí al parecer no hay ninguna dificultad; más bien la explosión del conocimiento en sus diferentes campos muestra que en el corazón del hombre habita el anhelo por la Verdad; no faltan hombres que mantengan vivo dicho deseo. De hecho en cualquier parte del mundo donde el ser humano hace algo con autenticidad manifiesta con ello un interés sincero por la Verdad.

Así que el problema no consiste en que el hombre haya perdido la pasión por el saber. ¿En qué consiste entonces? En primer lugar el problema surge cuando se afirma desde el lente de una determinada ciencia o de una postura ética, estética o antropológica... un hecho específico en nombre de la Verdad, confundiendo con ello la Verdad total con la verdad particular. Por ejemplo: afirmar a partir de ciertos análisis de la física el sentido y razón de ser de la vida en general; o concluir a partir de ciertos estudios del cerebro el sentido y razón de ser de la vida humana. Aquí surge un interrogante fundamental: ¿cómo puede ser posible a partir de un punto de vista finito y limitado acceder a la Verdad total?

En segundo lugar aparece un problema que es inevitable: la comprensión humana de los individuos y de las culturas no es igual para todos, no todos comprenden las mismas cosas ni en el mismo sentido, pero todos están obligados a asumir una postura, a defenderla con hechos y razones. De esta forma se plantea una pregunta decisiva: ¿cuál es el criterio que permite afirmar que una postura es la verdadera y que quienes sustentan algo distinto están equivocados? ¿Es un criterio claro y aceptado por todos?

En tercer lugar se presenta una paradoja maravillosa. Por una parte, para buscar la Verdad, para afirmar una verdad en particular, se precisa que el hombre sea libre, pues la Verdad no puede ser algo impuesto desde fuera. Quien indaga, quien examina, quien investiga, para poder llegar a una conclusión, para afirmar un juicio, ha de estar en libertad de poder hacerlo, no puede ser obligado o coaccionado a sostener una cosa que va en contra de su libertad y comprensión. Por otra parte, el hombre libre es aquel que ha alcanzado la Verdad. Si no la comprende, si no la ha realizado, dicha libertad no sería más que una caricatura. El ser humano se encuentra entonces en la doble tarea de buscar la Verdad y de conquistar la libertad. Verdad y libertad son una y la misma cosa, se corresponden mutuamente.

En cuarto lugar, este hecho de la libertad humana, de la libertad de pensamiento, de la libertad académica señala un hecho fundamental: el carácter de novedad propio de la Universidad, y el distintivo por excelencia que la mantiene viva. Es admirable de los artistas y de los filósofos su capacidad de ser creadores, su capacidad para traer algo nuevo al mundo. Tomás de Aquino estudió a Aristóteles, pero no se conformó con repetirlo; desarrolló nuevas ideas que han llegado hasta el mundo actual. Igualmente, Hume, Descartes, Kant, Heidegger, Husserl, Freud, Erich Fromm, Victor Frankl no se contentaron con ser meros repetidores, se convirtieron también en maestros, en cuanto que dejaron un legado y una comprensión distinta de la realidad.

En este sentido, ¿no están los docentes de humanidades y concretamente nosotros mismos llamados también a emprender nuevos caminos en la comprensión de la realidad humana y del mundo? ¿Basta acaso con repetir muy bien las enseñanzas de quienes nos han precedido? Quienes cultivamos las ciencias humanas hemos de tener bien claro aquello que puede ser modificado de aquello que debe conservarse. Por ejemplo, aquello que no es negociable de las áreas que enseñamos: En Antropología, la persona como misterio, como unidad esencial de dimensiones. En Ética, la dignidad inalienable de la persona y la consecución del bien humano. En Cultura Católica, el hecho religioso, el fenómeno religioso y Cristo como fundamento de la fe católica. En Filosofía del Arte, la conciencia de la belleza y la comprensión de lo bello desde la realidad total de la persona, cabeza, corazón y manos. **H**

(...) Por otra parte, el hombre libre es aquel que ha alcanzado la Verdad. Si no la comprende, si no la ha realizado, dicha libertad no sería más que una caricatura. El ser humano se encuentra entonces en la doble tarea de buscar la Verdad y de conquistar la libertad. Verdad y libertad son una y la misma cosa, se corresponden mutuamente.

Copyright of Humanitas (07172168) is the property of Humanitas -Centro de Extension de la Pontificia Universidad Catolica de Chile and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.